

de los caballos enredados en sus astas, hombres gravemente lastimados y algunos muertos.—Padre, le dije yo, ¿y así exponen los racionales sus vidas para sacrificarlas en las armas enojadas de una fiera? ¿y así concurren todos de tropel á divertirse con ver derramar la sangre de los brutos y tal vez de sus semejantes?—Así sucede, me contestó el vicario, y sucederá siempre en los dominios de España, hasta que no se olvide esta costumbre tan repugnante á la naturaleza como á la ilustración del siglo en que vivimos.

Conversamos largo rato sobre esto, como que es materia muy fértil, y cuando mi amigo el vicario hubo concluído, le dije:

—Padre, estoy pensando que ese *demonstre* de Juan Largo, mi condiscípulo, luego que sepa los disparates que yo dije del cometa, y la justa reprehensión de usted, me ha de burlar altamente y en la mesa delante de todos, porque es muy *pandorguista*, y tiene su gusto en pararle la bola, como dicen, á cualquiera en la mejor concurrencia; y yo ciertamente no quisiera pasar otro bochorno como el de á medio día, ó ya que él sea tan mal amigo y tan imprudente, que padeciera el mismo tártago que yo, haciéndolo usted quedar mal con alguna preguntita de física, pues estoy seguro que entiende tanto de esto como de hacer un par de zapatos; y así le encargo á usted que

me haga este favor y le saque los colores á la cara por faceto.

—Mire usted, me dijo el padre; á mí me es fácil desempeñar á usted, pero ésa es una venganza, cuya vil pasión debe usted refrenar toda la vida: la venganza denota una alma baja que no sabe ni es capaz de disimular el más mínimo agravio. El perdonar las injurias no sólo es señal característica de un buen cristiano, sino también de una alma noble y grande. Cualquiera, por pobre, por débil y cobarde que sea, es capaz de vengar una ofensa: para esto no se necesita religión, ni talento, ni prudencia, ni nobleza, cuna, educación, ni nada bueno; sobra con tener una alma vil, y dejar que la ira corra por donde se le antoje para suscribir fácilmente á los sanguinarios sentimientos que inspira. Pero para olvidar un agravio, para perdonar al que nos lo infiere, y para remunerar la maldad con acciones benéficas, es menester no solamente saber el evangelio, aunque esto debía ser suficiente, sino tener una alma heroica, un corazón sensible, y esto no es común: tampoco lo es ver unos héroes como Trajano, de quien se cuenta que dando audiencia pública llegó al trono un zapatero fingiendo iba á pedir justicia; acercóse al emperador, y aprovechando un descuido, le dió una bofetada. Alborotóse el pueblo, y los centinelas querían matarlo en el acto; pero Trajano lo impidió para castigarlo por sí



mismo. Ya asegurado el alevoso, le preguntó:—¿Qué injuria te he hecho, ó qué motivo has tenido para insultarme?—El zapatero, tan necio como vano, le contestó:—Señor, el pueblo bendice vuestro amable carácter: nada tengo que sentir de vos; mas he cometido este sacrilego delito sabiendo que he de morir, sólo porque las generaciones futuras digan que un zapatero tuvo valor para dar una bofetada al emperador Trajano.—Pues bien, dijo éste; si ése ha sido el motivo, tú no me has de exceder en valor. Yo también quiero que diga la posteridad, que si un zapatero se atrevió á dar una bofetada al emperador Trajano, Trajano tuvo valor para perdonar al zapatero. Anda libre.

Esta acción no necesita ponderarse; ella sola se recomienda, y usted puede deducir de ella y de miles de iguales que hay en su línea, que para vengarse es menester ser vil y cobarde, y para no vengarse es preciso ser noble y valiente; porque el saber vencerse á sí mismo y sujetar las pasiones es el más difícil vencimiento, y por eso es la victoria más recomendable y la prueba más inequívoca de un corazón magnánimo y generoso. Por todo esto, me parece que será bueno que usted olvide y desprecie la injuria del señor Januario.

*Hecho 13/927.* —Pues, padrecito, le dije, si más valor se necesita para perdonar una injuria que para hacerla, yo desde

ahora protesto no vengarme ni de Juan Largo, ni de cuantos me agravien en esta vida.

—¡Oh, don Pedrito, me contestó el vicario, cuán apreciable fuera esta clase de protestas en el mundo si todas se llevasen al cabo! Pero no hay que protestar en esta vida con tanta arrogancia; porque somos muy débiles y frágiles, y no podemos confiar en nuestra propia virtud, ni asegurarnos en nuestra sola palabra. A la hora de la tempestad hacen los marineros mil promesas, pero llegando al puerto se olvidan como si no se hubieran hecho. Cuando la tierra tiembla no se oyen sino plegarias, actos de contrición y propósitos de enmienda; mas luego que se aquieta, el ebrio se dirige al vaso, el lascivo á la dama, el tahir á la baraja, el usurero á sus lucros y todos á sus antiguos vicios. Una de las cosas que más perjudican al hombre es la confianza que tiene de sí mismo. Ésta pone en ocasión de prostituirse á los jóvenes, de extraviar á las almas timoratas, de abandonarse á los que ministran la justicia y de ser delincuentes á los más sabios y santos. Salomón prevaricó, y san Pedro, que se tenía por el más valiente de los apóstoles, fué el primero y aun el único que negó á su divino Maestro. Conque no hay que fiar mucho en nuestras fuerzas, ni que charlar sobre nuestra palabra, porque mientras no llega la ocasión todos somos rocas; pero puestos en ella somos unas pajitas



miserables que nos inclinamos al primer vientecillo que nos impele.

Poco más duró nuestra conversación, cuando se acabó la tarde y con ella aquella diversión, siéndonos preciso trasladarnos á la sala de la hacienda.

Como en aquella época no se trataba sino de pasar el rato, todos fueron entreteniéndose con lo que más les gustaba, y así fueron tomando sus naipes y bandolones, y comenzaron á divertirse unos con otros. Yo entonces ni sabía jugar (ó no tenía qué, que es lo más cierto), ni tocar, y así me fuí por una cabecera del estrado para oír cantar á las muchachas, las que me molieron la paciencia á su gusto; porque se acercaban hacia mí dos ó tres, y una decía: — Niña, cuéntame un cuento, pero que no sea el de Periquillo Sarniento. — Otra me decía: — Señor, usted ha estudiado, díganos, ¿por qué hablan los pericos como la gente? — Otra decía: — ¡Ay, niña, qué comezón tengo en el brazo! ¿si tendré sarna? — Así me estuvieron chuleando estas madamas toda la noche hasta que fué hora de cenar.

Púsose la mesa: sentámonos todos y con todos mi amiguísimo Juan Largo, que hasta entonces se había estado jugando malilla ó no sé qué.

Mientras duró la cena se trataron diversos asuntos. Yo en uno que otro metía mi cucharada; pero después



Señor, usted ha estudiado, díganos; ¿por qué hablan los pericos como la gente?



miserables que nos inclinamos al primer vientecillo que nos impete.

Poco más duró nuestra conversación, cuando se acabó la tarde y con ella aquella diversión, siéndonos preciso trasladarnos á la sala de la hacienda.

Como en aquella época no se trataba sino de pasar el rato, todos fueron entreteniéndose con lo que más les gustaba, y así fueron tomando sus naipes y bandolones, y comenzaron á divertirse unos con otros. Yo entonces me senté á jugar á un juego que, que es lo más cierto, es juego, y así me senté por una zabecera del estrado para me acercar á las muchachas, las que me molieron la paciencia á su gusto; porque se acercaban hasta mí dos ó tres, y una decía: — Niña, cuéntame un cuento, pero que no sea el de Periquillo Sarniento. — Otra me decía: — Señor, usted ha estudiado, díganos, ¿por qué hablan los pericos como la gente? — Otra decía: — ¡Ay, niña, qué comezón tengo en el brazo! ¿si tendré sarna? — Así me estuvieron chuleando estas madamas toda la noche hasta que fué hora de cenar.

Pácese la mesa: sentámonos todos y con todos me mandaron Juan Leng, que hasta entonces se había estado jugando naipes y no se acordaba.

Algunos de los señores se trataron diversos asuntos. Yo me senté con una de las señoras; pero después



— Señor, usted ha estudiado, díganos; ¿por qué hablan los pericos como la gente?